

familia arruinada y fracasado en sus estudios se había encontrado un momento en el arroyo de París, sin pan y sin esperanza, por su voluntad, su inteligencia y su trabajo había conseguido salir de la negra miseria. Ahora no tenía más que batirse, pues entraba en pleno campo de batalla.

## V

## La lucha literaria

Vivir de su pluma, reemplazar los doscientos francos de su empleo que cobraba regularmente cada fin de mes: este era el problema. No había que pensar en el «libro» por el momento; aun llegando á la segunda edición, lo que es muy halagüeño para un principiante, una novela produce poco. No se atrevía siquiera á pensar en el «teatro», más productivo, pues tenía cerradas sus puertas, y para forzarlas se necesitaba mucho tiempo. Quedaba el «periódico». ¿Qué hoja parisién debía elegir?

Desde hacía algunos años al lado del gran periodismo político que relegaba la literatura á la tercera página bajo el epígrafe de «Variedades», entre los hechos diversos y los anuncios, brotaba

uno nuevo llamado «pequeño periodismo», más vivo, más moderno, apropiado á la necesidad de investigación de la época, nutrido, sobre todo, de actualidad, de informaciones de hechos, relegando las teorías políticas á la segunda plana y concediendo más espacio á la literatura. M. de Villemessant, uno de los creadores de este nuevo periodismo, al lado de su *Figaro* hebdomadario, acababa de fundar *L'Evenement*, diario cotidiano á dos sueldos.

Zola había hablado diferentes veces en la casa Hachette con M. Bourdin, yerno de M. de Villemessant. A consecuencia de varias conversaciones con éste sobre las ideas de su suegro, escribió á M. de Villemessant una carta, en la que le proponía hacer con respecto á los libros lo que un redactor especial hacía en *L'Evenement* con los teatros: anunciar las publicaciones nuevas como se anunciaban las obras teatrales, hacer la crítica, recoger anécdotas sobre su composición y sus autores y dar extractos de las obras buenas, proporcionadas con anticipación por los editores. No se hizo esperar la respuesta: en ella se citaba á Zola para el día siguiente. M. de Villemessant lo recibió muy bien, é inmediatamente fué admitido como redactor de prueba.—«Durante un mes todo lo que escribáis se publicará; ¡*L'Evenement* es vuestro! A fin de mes yo sabré si tenéis algo dentro de la cabeza y decidiré de vuestra suerte.» El epígrafe adoptado fué este: «*Libros de hoy y de mañana.*» ¡He ahí un verdadero redactor en jefe! Yo recomiendo su ejemplo á los inteligentes especuladores que veinte años después quieren hacer de

Villemessant al frente de los grandes periódicos republicanos ó de otra clase.

Después de salir de la casa Hachette el 31 de Enero, Emilio Zola debutó en *L'Evenement* en el número 2 de Febrero de 1866. Aún no había pasado medio mes, cuando M. de Villemessant le había ya felicitado. Al fin de mes, Zola pasó á la caja sin saber todavía qué sueldo le iban á dar. El cajero le entregó quinientos francos. El joven periodista se quedó deslumbrado. ¡Quinientos francos! ¡En su vida había visto reunida semejante suma! ¡Qué dulce es recibir este primer dinero ganado por medio de la literatura!

M. de Villemessant quedó tan contento de los artículos *Los libros de hoy y de mañana*, que no vaciló en confiar el Salón á Zola. Este adoptó el título: *Mi salón*, y consagró su primer artículo á un estudio de los miembros del jurado. La emoción fué inmediata y extraordinaria entre los artistas. El escándalo fué en aumento en cada uno de los artículos siguientes. Todo el mundo se preguntaba quién era aquel Emilio Zola que nadie conocía y que pisoteaba todas las ideas artísticas en boga, sin respetar las cosas y los hombres hasta entonces reputados como más respetables. La lógica y el acento de convicción ardiente con el cual el nuevo crítico de arte hundía el escalpelo, causaron verdadera cólera. Lo que consideraron más exorbitante é intolerable fué la defensa encarnizada de aquel Manet, cuyo talento original todavía no comprendido excitaba la ira y la burla, y que el crítico colocaba heroicamente por encima de las medianías glorificadas por el éxito. Al-

gunos, poseídos de cólera, llegaron hasta romper el periódico en pleno boulevard, delante de los kioskos. El crítico de *L'Evenement* recibía hasta



ZOLA Á LOS 40 AÑOS

treinta cartas diarias, algunas de las cuales contenían palabras de estímulo, estando llenas las más de insultos é injurias. Estuvo á punto de tener un duelo. M. de Villemessant cortó la cuestión, rogando á Zola que terminase brusca-mente *Mi salón* con dos artículos. Así lo hizo. *Mi salón* apareció en un folleto publicado en casa de Julián Lemer. Hoy está agotado. Pero al final de la nueva edición de *Mis odios* se encuentran aquellos artículos que con-

viene consultar si quiere uno comprender la evolución artística de los últimos veinte años.

Otra tentativa de Zola en *L'Evenement*, menos brillante, fué un folletín: *El mandato de la muerta*. Poco después de *Mi salón*, deseoso de hacer una experiencia, propuso á M. de Villemessant escribirle una novela, no una novela que realizase todas sus tendencias artísticas, sino una obra especialmente escrita para el periódico, con objeto de agradar á los abonados, sin desperdiciar las suspensiones hábiles de «la continuación en el próximo número.» Le explicó el plan de la novela, que fué de su agrado. Pero el experimento no fué feliz: *El mandato de la muerta* no tuvo ningún éxito.

Bajo el título *Mármoles y yesos*, empezó á publicar en *L'Evenement* una serie de semblanzas literarias, que firmaba «Simplicio». Edmundo About, Taine, Prevost, Paradol, Jules, Janin, Flaubert, etcétera, etc., desfilaron sucesivamente por aquella galería. Entre tanto, se suspendió el periódico y fué reemplazado por el *Figaro* convertido en diario político. Allí escribió algunos artículos de fantasía. Pero su influencia cerca de M. de Villemessant disminuía de día en día; y á principios de 1867 cesó de colaborar.

Tal fué su paso por los periódicos de Villemessant, periódicos en los cuales han comenzado la mayor parte de sus contemporáneos.

Fué para Zola un hermoso año el de 1866-67. ¡Juventud, entusiasmo y las primeras dulzuras del éxito! ¡Todas las dificultades de una vida hasta allí tan amarga, súbitamente vencidas! ¡Libertad, sin que le tuviese sujeto el trabajo de escritorio!

¡Y con ella, más dinero que nunca! Cuando llegó el verano pudo permitirse tomar aires á orillas del Sena, en Bennecourt. Allí le visitaron sucesivamente durante algunas semanas los amigos de la Provenza Baille, Cézanne, Mario Roux y Valabrègue; y yo os dejo adivinar las partidas en canoa llenas de discusiones artísticas que á menudo hacían huyesen asustados los martinetes de la orilla. En París, aun permaneciendo mucho tiempo en casa emborronando cuartillas, Zola había hecho nuevos conocimientos, sobre todo en el mundo de los pintores. Con Cézanne había visitado los estudios, especialmente los estudios de la escuela llamada «de los Batignolles», que fué la cuna de los impresionistas de hoy. Así entabló relaciones con Eduardo Beliard, Pissaro, Monet, Degas, Renoir, Fautin Latour, etc.

En otro tiempo, cuando era empleado, Zola veía entrar en su escritorio á un hombre pequeño, de extremidades finas, frio, correcto, muy tieso, muy poco comunicativo, que le pedía los libros recientemente publicados, para dar cuenta de ellos en un periódico de Lyon. Después, esperando que le trajesen los volúmenes, el hombrecillo de maneras secas y aristocráticas cogía una silla y se sentaba sin decir nada. Era Duranty. A pesar de ser tan poco comunicativo, Duranty llegó á tener gran amistad con Zola, cuando éste lo encontró de nuevo en el estudio de Guillemet. No tardaron en establecerse sólidos lazos entre aquellos dos escritores de un talento y de una naturaleza tan diferentes. Y, más tarde, siendo yo también muy amigo de Duranty, tuve ocasión de asistir á la

curiosa acción de aquellos temperamentos, obrando uno sobre otro. Aquellos dos hombres no tenían más punto de contacto que una mutua estimación por su inteligencia. A cada obra nueva he visto á Zola hacerse con curiosidad esta pregunta: «¿Qué pensará de ella Duranty?» Este, que no era expansivo, apenas dejaba entrever su verdadera opinión; entonces el autor de los *Rougon-Macquart* añadía riendo, que no le debía gustar por completo su literatura. Sin embargo, á cada nueva obra de su amigo he visto admirarse á Duranty de los progresos realizados, comparándolos con los precedentes. No le gustaba aquel género sin duda, pero sentía admiración profunda y reconocía á su colega un «don sorprendente de asimilación y de perfectibilidad». Poco á poco se aproximaban: uno yendo del color al análisis y el otro sustituyendo sus primeras sequedades por más flexibilidad y más arte en la frase. Me permitiré aquí un recuerdo personal. Un jueves de Febrero de 1880 por la noche, la última vez que, saliendo de casa de Zola, lo acompañé hasta su puerta, Duranty me decía en medio de la obscuridad de la calle Veron: «Voy, dentro de poco, á empezar una novela... No espero más que adquirir la certeza que me falta sobre ciertas relaciones entre la física de los individuos y su moral. Ya verán ustedes que no estoy todavía agotado»... Después me apretó la mano y entró. Al alejarme traté de adivinar lo que sería aquella novela; y excitada la curiosidad por aquella «certeza», á la cual él esperaba llegar sobre las relaciones de lo físico y de lo moral, me prometí hacer que Duranty se explicase

más cuando lo volviese á encontrar. ¡Ay! ¡No lo volví á ver más! Algunos días más tarde acompañábamos sus restos desde la casa Dubois al cementerio de Cayenne. Sólo me resta decir que por Duranty y Guillement hizo Zola conocimiento con Eduardo Manet, el cual, á consecuencia de los artículos críticos de *L'Evenement*, llegó á ser uno de los grandes amigos de su defensor.

En la época en que el crítico hacía esta campaña en *L'Evenement*, vivía en el núm. 10 de la calle de Vaugirard, en el sexto piso, en un departamento cuya terraza daba sobre el jardín de Luxemburgo; antes había vivido sucesivamente en el núm. 278 de la calle de Saint-Jacques, también en un piso sexto con terraza, y en el núm. 142 del boulevard Montparnasse, en el segundo, al lado de una sala de tiro, cuyas detonaciones le impedían trabajar. Al salir de *L'Evenement*, abandonó la calle Vaugirard y atravesó el Sena, para ir á alojarse á Batignolles, avenida de Clichy, al extremo de la antigua calle Moncey.

Allí comenzó otro período. Después del feliz éxito de los primeros ensayos, vinieron horas difíciles acompañadas otra vez de una miseria relativa, más sensible por haberse acostumbrado ya, durante un año, á llevar una vida desahogada. Aunque no tenía colocación fija en ningún periódico, llegó, desplegando mucha actividad y aceptando tareas poco gratas y mal retribuidas, á ganar con su pluma trescientos ó cuatrocientos francos por mes. Además de diversos artículos colocados aquí y allí, escribió en aquella época (1867) un «Salón» en *La Situación*, periódico que

pertenecía al rey de Hannover; pero habiendo aterrorizado sus juicios artísticos á la redacción, no pudo terminarlo. Para ganar inmediatamente algún dinero, se dedicó entonces, como ya he dicho más arriba, á una tentativa de novela de folletín, escrita al día. Un tal M. Arnaud, muerto después, publicaba un periódico en Marsella: *El Mensajero de Provenza*. Con documentos judiciales suministrados por éste, Zola escribió para aquel periódico una gran novela en tres partes, que le fué pagada á dos sueldos la línea, cosa extraordinaria por parte de una hoja de provincias. *Los Misterios de Marsella*, reunidos en tres pequeños tomos, reaparecieron mucho tiempo después en el *Corsario*, de M. Eduardo Portalis, bajo el título: *Un duelo social*. La frase es allí tan correcta como en las otras obras del escritor, pero no hay fondo. La disculpa del autor es que le hacia falta ganar el pan. Por otra parte, en aquel tiempo, cuando pasaba la tarde borrajando *Los Misterios de Marsella*, había consagrado ya la mañana á escribir tres ó cuatro páginas de una obra seria; trabajaba entonces en *Teresa Raquin*.

Comenzada en 1886, en la calle Vaugirard, *Teresa Raquin* fué terminada en 1867, avenida de Clichy, y apareció primero en *El Artista*, revista de Arsenio Houssaye. Este último habia ya publicado un gran estudio de Zola: *Eduardo Manet*, por el cual pagó doscientos francos. *Teresa Raquin*, publicada bajo el título *Una historia de amor*, le valió seiscientos francos. El volumen apareció en Octubre de 1867, en casa del editor Lacroix, y tuvo cierto éxito. M. Luis Ulbach, que publicaba

entonces en el *Figaro* «las cartas de Ferragus», dedicó una carta á censurar la obra. Todavía no se trataba entonces del naturalismo. Pero Ferragus denunció á la indignación de las gentes honradas lo que él llamaba «la literatura pútrida.» El autor obtuvo de M. de Villemessant la autorización de responder á Ferragus en el *Figaro*.

A causa de esta polémica el libro se vendió mucho, y á principios de 1868 tuvo los honores de una segunda edición: mientras que los *Cuentos á Ninón*, muy bien acogidos por la crítica, cubiertos de elogios en toda clase de periódicos, tuvieron que transcurrir diez años para venderse mil ejemplares. Desde la *Confesión de Claudio* el novelista es menospreciado y llamado «albañalero literario». Al publicarse *Teresa Raquin*, califican su obra de «literatura pútrida». Es el éxito que empieza.

¡Gran éxito, pero poco dinero! Era preciso no dormirse sobre los laureles. Desde el alojamiento de la avenida Clichy habia pasado á habitar un pabellón con jardín en la calle Truffaut: allí es donde escribió *Magdalena Férat*.

En medio de la actividad de esta lucha literaria por la vida, entre tantas tentativas á derecha, á izquierda, en todos los sentidos, en el periodismo y la novela, Zola habia encontrado todavía tiempo de pensar en el teatro. Debo mencionar aquí sus ensayos dramáticos anteriores á la primera obra que representó.

1.º Hacia 1865, estando todavía empleado en la casa Hachette, escribió *La fea*, comedia en un acto, comenzada en verso y puesta después en

prosa. Acabado el acto, fué presentado en el Odeón y rechazado. *La fea* no se representó nunca ni ha sido impresa.

2.º En 1867 Zola, en colaboración con su amigo Mario Roux, había sacado un gran drama de los *Misterios de Marsella*, que no se ha impreso, pero que fué representado tres veces en el teatro del *Gimnasio* de Marsella, en Octubre de 1867. Los dos autores hicieron expresamente el viaje y dirigieron los dos últimos ensayos. Aunque hubo algunos silbidos, la primera representación pasó bastante bien. Los principales intérpretes eran Pujol, Pericaud y la señorita Mea.

3.º En fin, *Magdalena*, drama en tres actos, escrito en 1865 entre otras dos piezas, era una tentativa más seria y más literaria. Presentó primero *La Magdalena* en el *Gimnasio*. M. Montigny le escribió inmediatamente una carta muy amable, en la que juzgaba el drama imposible, loco, capaz de hacer desplomar la araña si se representaba. Después fué entregada la obra á M. Montigny, director del Vaudeville, que sin duda ni siquiera se tomó la molestia de leerla, y la devolvió por encontrarla «demasiado pálida».

Valiéndose del argumento de *La Magdalena*, escribió en 1868 la novela *Magdalena Férat*. La obra dramática no se ha representado nunca ni se ha editado; pero el manuscrito existe todavía y allí se pueden ver escenas enteras que han pasado á la novela.

*Magdalena Férat* apareció primero en folletín y se tituló *La Vergüenza*, en un nuevo *Ecénement*, el de M. Bauer, que había tomado el título del an-

tigo periódico de M. de Villemessant. La publicación de *La Vergüenza* tuvo que interrumpirse á causa de la pudibundez de los abonados: fenómeno que veremos reproducirse varias veces. Las novelas de Zola publicadas en folletín, han tenido todas desgracia.

*Teresa Raquin*, en *El Artista*, se publicó hasta el fin; pero Arsenio Houssaye le suplicó que cortase ciertos pasajes «porque la emperatriz leía su revista.» El novelista consintió, reservándose publicarlo todo en el volumen. Pero cuando se incomodó fué al en-

contrar en las últimas pruebas una gran frase final, con la cual Arsenio Houssaye daba á la obra una conclusión moral. En esto mostróse intransigente, y el autor de las *Grandes Damas* tuvo que prescindir de su moralidad.

*Magdalena Férat*, que no era más que la repetición de *Teresa Raquin*, no levantó la misma po-



El autor de «Germinal» por M. Luque  
(De *La Caricature*: 1885)

lémica en los periódicos. El éxito de venta fué, sin embargo, poco más ó menos el mismo; es decir, que el volumen tuvo una segunda edición.

Tal era la situación literaria de Zola en aquella época. Se había dado á conocer como periodista, había ensayado inútilmente el teatro y en la novela comenzaba á ser discutido, es decir, á ser alguien. En fin, como situación en la vida, se encontraba en la brecha, con altas y bajas y comía porque trabajaba mucho. En suma, todavía le quedaba que librar una gran batalla decisiva.

Antes de pasar á otra fase de su vida y de contar cómo libró esta gran batalla, me queda que decir una palabra de sus relaciones y amistades literarias de aquella época.

Viviendo muy retirado, no había tenido al principio otros amigos que los antiguos camaradas de colegio, nativos de aquella Provenza, en la cual había pasado su infancia; después, como ya he dicho, Cézanne le hizo conocer algunos pintores. Ahora, á medida que avanzaba en la carrera de las letras, habíase creado nuevas amistades, únicamente debidas á simpatías literarias.

Ya he hablado de Duranty. Zola no había hecho más que codearse con Alfonso Daudet en *L'Écénement*, donde el futuro autor de *El Nabab* escribía entonces las *Cartas de mi molino*. Habiéndose perdido casi en seguida de vista, no volvieron á encontrarse hasta el año 1872, en casa del editor Charpentier. Pero una de las grandes amistades literarias de Zola fué la de Edmundo y Julio de Goncourt. En 1865, en la *Salud pública* de Lyon, había publicado Zola un artículo muy en-

tusiasta sobre *Herminia Lacerteux*, artículo que se encuentra en *Mis odios*. Conmovidos al ver su libro defendido de aquel modo por un joven desconocido, los dos hermanos le escribieron; Zola fué á visitarlos á su casita de Auteuil, donde desde entonces lo invitaban á almorzar algunas veces. Los veía también en casa de Michelet, á donde iba á pasar algunas veladas. Llegó la primera representación de *Enriqueta Maréchal* en el Teatro Francés, y él, sin que nadie lo supiese, fué desde su butaca de orquesta uno de los más entusiastas sostenedores de la obra contra los silbidos imbéciles de la mayoría del público. Esta amistad no se enfrió jamás desde entonces; más tarde, cuando entabló relaciones con Gustavo Flaubert, se hizo cada vez más estrecha.

Durante los años 1867 y 1868 frecuentó también un salón artístico y literario, el de la señora Paul Meurice, donde lo había presentado el pintor Manet. Se encontraba allí un poco desorientado, en medio de románticos impenitentes. Toda la semilla del Parnaso, de aquel Parnaso que debía germinar más tarde en casa del editor Alfonso Lemèrre, se daba cita en aquel salón. Entre los invitados veía á veces á un joven cuyo fino perfil recordaba el de Napoleón en Brienne: era Francisco Copée que iba á representar *El Caminante*. M. Paul Meurice estaba naturalmente allí, con sus largos cabellos, enfundado en una larga levita que le daba un aspecto eclesiástico. En fin, á lo lejos, invisible y presente, de pie sobre una roca, estaba el desterrado, el maestro soberano, el dios, ¡Victor Hugo!

Emilio Zola, que á pesar de adorar á Hugo tenía ya necesidad de independencia, se sentía molesto ante los ritos de aquella capilla. Para no cometer una indiscreción se veía obligado á reprimirse. Un día, sin embargo, habiendo alguien pronunciado el nombre de Balzac, se entabló una discusión sobre los méritos del autor de la *Comedia humana*. Escuchó juicios tan extraños, que, excitado al fin, intervino en la discusión y afirmó con altivez su admiración por Balzac. Juzgad la sorpresa de todos.

En aquel salón asistió á la incubación del diario *Le Rappel*. Desde hacía dos años se hablaba de ello en la casa; él era uno de los destinados á formar parte de la redacción. El mismo Paul Meurice le había escrito varias veces sobre este asunto. Esto hace sonreír hoy. ¡Emilio Zola uno de los redactores fundadores de *Le Rappel*! Cuando apareció el periódico, no contento con pertenecer á él, trató de hacer entrar á algunos de sus amigos, entre otros á mí, que llegaba de Aix. Publicó varios artículos, especialmente uno sobre Balzac (1870), que abrió los ojos á los señores Vacquerie y Meurice, y que fué, según creo, el último. Más tarde, antes que las buenas relaciones cesasen por completo, trataronle con desconfianza y con política. *Le Rappel* quería hablar bien, hasta con elogio, de los primeros volúmenes de los *Rougon-Macquart*, pero «con la condición» que Zola, entonces redactor de *La Campana*, hablase de *Mis primeros años en París*, de M. Vacquerie. Más tarde, en fin, en aquel período mixto, sucedió el *modus vivendi* actual. *Le Rappel* no imprime si-

quiera el nombre de Zola, y Zola ha dejado de escribir los nombres de Paul Meurice y Augusto Vacquerie, excepto en aquellas circunstancias que el silencio es imposible.

## VI

## Los Rougon-Macquart

*Los Rougon-Macquart* primitivamente, según el pensamiento del autor, no debían comprender más que doce novelas.

El editor Lacroix se comprometió desde luego á publicar las cuatro primeras. El contrato que firmaron era bastante complicado.

Zola se comprometía á escribirle dos novelas por año, y cada mes percibiría quinientos francos en casa de M. Lacroix, total seis mil francos. Pero estos seis mil francos no representaban el precio de las dos novelas; no eran más que un adelanto hecho al autor por el editor. Este último debía reintegrarse de este dinero, extrayendo aquella suma de las ganancias que produjese la publicación de las obras en los periódicos. Los derechos del autor, cuando las novelas apareciesen en librería, habíanse fijado en ocho sueldos por volumen. Después de cada novela se ajustaban cuen-